

XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2022.

Una vida siempre en línea.

Marchesini, Maria Angelica.

Cita:

Marchesini, Maria Angelica (2022). *Una vida siempre en línea. XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-084/489>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eoq6/9bD>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

UNA VIDA SIEMPRE EN LÍNEA

Marchesini, Maria Angelica
Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Clínica y tratamiento desde la perspectiva de Lacan de una psicosis ordinaria. Fenómenos discretos en lo relacional, y la solución encontrada en la cura, en una psicosis actual.

Palabras clave

Psicosis ordinaria - Fenómenos discretos - Tratamiento

ABSTRACT

A LIFE ALWAYS STRAIGHT

Clinic and treatment from Lacan's perspective of an ordinary psychosis. Discrete phenomena in the relational, and the solution found in the cure, in a current psychosis.

Keywords

Ordinary psychosis - Discrete phenomena - Treatment

Quiero compartir con ustedes el "caso H", un sujeto que llega a análisis con fenómenos fragmentados sutiles y algunas ideaciones obsesivas. Frases sueltas con carácter de absoluto, que vuelven del pasado, son frases hechas que caen en lugares comunes. Unas pocas frases comunes constituyen su pequeña construcción delirante e introducen cierto orden en su mundo. El delirio larvado en este sujeto, muestra lo que Miller llama a propósito del delirio "el modo en el que lo simbólico pasa a lo imaginario". Una vez que se captaron los significantes amos y se los ha puesto en orden fue posible establecer algunos puntos de referencia en el análisis.

H acude a la consulta asegurando que *"hay algo que no anda en mi vida"*. Relata que lleva unos días sin dormir, y atribuye ese insomnio al exceso de trabajo. Es una persona complaciente y muy amable en el trato, cuya cualidad innata -aclara- es la de ser un hombre optimista. H es muy formal, cuida cada palabra que emite y, al comenzar las sesiones, coloca siempre la silla paralela a la alfombra, mientras se excusa: *"Disculpe... Si no, me va a distraer al hablar"*.

H tiene 36 años y vive en la casa de sus padres. Asegura que sus días son siempre iguales: sale del trabajo, cena con sus padres y, antes de acostarse, escucha las noticias. Los domingos almuerza con la familia ampliada. Una vez por año se reúne con sus antiguos compañeros de colegio, y espera que pasen los meses para reeditar ese encuentro. Su vida social es limitada y, por esa misma razón -me aclara- de lo único que podrá hablarme es de su trabajo.

El registro

Durante esa misma sesión me comenta que es arquitecto, que se dedica al seguimiento del control de obras y se encarga de la contratación de proveedores. En cada balance de obra, H lleva un control minucioso de la gestión de gastos, y de la previsión de los pagos, en programas de gestión. H considera que es necesario darme precisiones con números de cada uno de esos pormenores y, al hacerlo, me informa que él lo registra todo.

Para graficar las particularidades de su registro, H me dice que en la cabeza posee una máquina registradora. Junto con ello, cree en la necesidad de anotar todo: así, apunta registros en planillas Excel, en casilleros, en compartimientos, y organiza carpetas con fotos. El trabajo que realiza -según él mismo asegura- está hecho a su medida: *"Mi obsesión es mi herramienta de trabajo"*, sostiene.

A lo largo de su análisis, H repasa su vida bajo una forma ideica, o apelando a imágenes. *"El pensamiento no se hace auditivo, el pensamiento es temático"*, sostiene. *"¿Cuál es el contenido del pensamiento?"*, pregunto. Y responde: *"Que he fracasado, puesto que nunca tuve novia, no formé familia y tengo una vida sin proyectos"*.

Al referirse a su estado, H afirma que *"cuando leo, voy registrando todo en imágenes: tengo fotos mentales archivadas, como si estuvieran guardadas en carpetas"*. También explica que, con esa modalidad, *"se me genera una película en la cabeza: foto, foto, foto"*. En alguna sesión admite que *"lo mío es un exceso de registro"*. Pero, al mismo tiempo, reconoce que son esas fotos las que le recuerdan todo lo que ha hecho en la vida: *"Se me convierten en películas"*, explica, describiendo su existencia como una concatenación de películas mudas de recuerdos.

Líneas y renglones

Al hablar de números y cálculos, H comenta que tiene una lista de pendientes, y brinda detalles con respecto a ese listado. La nómina incluye: casarse, arreglar el lavarropas, podar la parra, tener un hijo, y sigue enumerando pendientes. Todo inscripto en una misma serie curiosa.

Luego, H cuenta que a cada uno de sus pendientes le atribuye un número en la lista. Y aclara que a medida que surgen nuevos pendientes, van apareciendo renglones, filas que se agregan automáticamente. Para graficar esa agregación, me da un ejemplo: *"Si hay un papel en el suelo, el renglón va a seguir abierto hasta que yo levante ese papel. Levantarlo es una carga, una tarea a realizar"*. Cada uno de los registros, cada imagen, abre un nuevo renglón. *"A veces tengo largos listados"*, explica. Según

me cuenta, por lo general, los renglones se solucionan rápido, aunque hay pendientes imposibles, como casarse, o tener hijos. “Esos renglones no desaparecen”, asegura.

Al cabo de un tiempo, H trae al análisis el primer sueño: “Había un descontrol de líneas que no se cortaban, verticales inclinadas, era algo caótico. Me asusté, me desperté y, al abrir los ojos, las líneas seguían ahí. No había quiebres. Fue como si tuviera puestos anteojos rayados y no pudiera quitármelos”. En su relato, explica que el sueño es similar a su realidad: “Vivo dibujando líneas y vigas” dice, para luego reconocer que cuando hay líneas, hay caos interno.

Cuando lo interrogo sobre si los renglones y las líneas son la misma cosa, responde que no: “Las líneas son desbordantes y los renglones son pendientes, cosas que aún debo hacer”. Y cita como ejemplo que cada vez que pasaba por la vereda del vecino advertía que faltaban cuatro baldosas. Esa ausencia constituía un pendiente mental que debía resolverse. Entonces, H decidió ir y colocar las baldosas. Luego de efectuar la tarea, pudo borrar ese renglón.

Cuando a H no le es posible domesticar el goce, se le aparece una intrusión de líneas. Un segundo sueño traído al análisis lo confirma: “Hay una pared, y muchas vigas que se van corriendo, mientras yo me corro en la cama. La tarea es agotadora, porque me la paso moviéndome con el cuerpo acompañando el movimiento de las líneas. Con cada línea que se corría, yo me tenía que hundir en el colchón, para evitar que me pasaran por encima”. Sin embargo, relativiza la importancia de ese sueño, y sólo admite que “las líneas y las vigas son mi mundo: que es un poco geométrico”.

Todos esos laberintos de líneas siempre van acompañados por frases que parecen tener la misma ausencia en su centro. De la madre, por ejemplo, sólo recuerda una frase: “No hay que pasarse de la raya”. Con rigidez, H siempre se encuentra pegado a lo que dice y, de esa forma, no se presta al juego lingüístico.

La misión y la luz como frontera

En lo que respecta a los renglones, H asegura que comenzaron cuando tenía ocho años. En ese tiempo, me cuenta, tuvo “una idea que le surgió de la nada: debía hacer el bien sin mirar a quién”. En ese “hacer lo correcto”, siempre tendría pendientes, cosas por hacer por el otro, que necesitaban ser resueltas porque, de otro modo, sería el vacío. Ese fenómeno surgió tempranamente, antes de cualquier construcción delirante.

“Algunos reciben el beneficio cuando les entrego mi servicio misionario”, me explica. Pero también admite que esa entrega le representa un gasto de energía. Entonces, aclara que su reservorio de energía es limitado y que no desearía quedarse sin espíritu, apagado, por una cuestión de no saber regularlo.

Ante esa afirmación, le pregunto cuál es la fuente de su energía, para ver si procede de alguna fuerza que no responde a la iniciativa del sujeto, de algo que le viene desde afuera. “La energía es un empuje de adentro -aclara-; es un”hay que...”

Mi tarea es enorme, y a veces estoy aplacado, sin nafta”. Me cuenta que el padre le dice que se cree Gandhi, y que la madre le recrimina que su actitud con el otro es desmedida, que no puede darle todo.

Con un orgullo propio, H me aclara que “no soy bueno con el que tengo cerca sino con todos”. “Yo no estoy en un primer plano. Siempre pongo al otro adelante. Si no, no sería yo”, recalca.

En el recorrido del análisis hubo un momento importante, en el cual le pregunté a H por el límite. Me explicó que “si estoy manejando y le voy a hablar mal a alguien que cometió una infracción de tránsito, aparece una línea de puntos luminosa. Esa línea es un freno en el cuerpo, el insulto no sale, me reprimo”. En el análisis se retomó con fuerza este fenómeno sensorial que marca un límite. No es el NP, sino más bien un mecanismo que se adapta y responde a las contingencias. H asegura que tiene desde siempre esa línea luminosa que recorta su mundo y que “no deja que me acerque a una zona sin iluminación”.

Mujer vitalizante

Cuando ya llevaba dos años de tratamiento, H comenta que le habían presentado a una mujer, y que esa noche tuvo insomnio. ¿En qué pensaba?, le pregunté. “Cuántos metros cúbicos de hormigón necesito para todos los pisos, si son de diferentes dimensiones... Lo calculo mentalmente”. Al referirse a la mujer, me aclara que él no es de avanzar, pero que ella lo había vuelto a llamar.

“Me invitó a su casa y le cambié el flexible del baño. Me agradeció. Yo no busco un amor, busco una compañera”. Al poco tiempo de conocerse, ella se fue de viaje, a unos cientos de kilómetros. Ese día se hablan por teléfono y ella le menciona que había dejado olvidadas en Buenos Aires unas cosas que le eran imprescindibles. Sin pensar, H viaja en auto para llevarle a su compañera los objetos olvidados. (ella es profe de educación física, llevaba a un curso de la escuela de campamento. Se olvidó en la escuela las carpas, el las carga en su auto y las lleva a Chascomus, quisiera transmitir todo lo que el esta dispuesto a hacer por el otro, esto del paréntesis es para borrar.) H asegura que en distintas circunstancias reaccionó de ese mismo modo, porque es su misión, “mi mecanismo para complacer al otro”. La misión es un fenómeno elemental de la infancia, del orden del amor universal.

H me relata que durante los primeros tiempos en que durmió con ella tuvo líneas, razón por la cual dedujo que debía ir de a poco. Describe a su compañera como una mujer decidida y emprendedora, que “me organiza los días”. En su intercambio, H se muestra servicial, mientras ella le organiza viajes y lo suma a su práctica de crossfit. Ya llevan dos años viviendo juntos. El día en que H deja la casa de sus padres para mudarse con ella, dice “hoy taché un renglón”.

Desde entonces, las cosas cambiaron: “Ahora me suena el teléfono para preguntarme a qué hora vuelvo a casa”. H asegura que “ella es un terremoto, mientras que yo soy una lluviecita

fina". Sostiene que seguirle el ritmo en la vida diaria es un desgaste de energía, pero que ella, con la energía que posee, mueve toda la atmósfera y contagia. "Es muy vitalizante".

Ella lo vitaliza, lo presenta en sociedad y él se ubica en un lugar valioso. Para su cumpleaños de número redondo, ella le organizó una fiesta sorpresa, con sus parientes y compañeros del secundario como invitados. *"Fue mi primer festejo. Me emocioné. Ella me dijo que estaba enamorada y se me empezó a nublar todo. Si amar es pensar en la gente, yo pienso en ella, pero no sólo en ella. No hay dependencia, pero es la primera vez en la vida que soy protagonista"*. En medio de ese proceso, me dice: *"Yo salí del primer casillero del ludo. Lo hice un poco por vos, y otro poco por haberla conocido a ella"*.

Pese a que su compañera intentó contarle acerca de su pasado, H prefirió no saber y, de ese modo, evitó registrar tanto. Según H, cada vez que el otro le habla se le arman imágenes, que quedan registradas y son anotadas de modo instantáneo. Como esos registros lo conducen a una acumulación, H busca estrategias para descargarlos o, al menos, filtrarlos y no seguir acumulando. *"Tengo que buscar un programa para descargar la memoria fotográfica"*, me dice, asegurando que lo que no quiere es que se le llene el disco duro.

Un sostén para lo imaginario

Durante ese mismo tiempo, H relata el contenido de otro sueño, en el que se ve sumergido en un plano, plagado de líneas cruzadas. H le aplica al plano un programa con el que logra borrar el dibujo, tal como lo hace una computadora. Ése es un tiempo de alivio, respaldado por la línea luminosa, que sigue orientándolo. Un ejemplo de la línea como límite se da en la obra, donde el ingeniero le hace un desplante. Cuando está a punto de reaccionar, siente un freno en el cuerpo y, entonces, aparece la línea de puntos luminosa. Con esa visión, H detiene el movimiento y retiene el insulto. *"Es un rasgo visceral"*, me explica. *"Con mi misión, lo realmente importante es no entrar en conflicto"*, asegura.

En el recorrido del análisis alcanzamos algunos hitos de enlace. Él maneja esa certeza delirante de *"hacer el bien sin mirar a quien"*, una idea sin demasiado despliegue. Logramos evitar la expansión del delirio y encontrar su punto de anclaje. El mundo de H se enmarca en una planilla Excel, con días que transcurren entre sus pendientes, los renglones, algunos borrados, otros tachados, y el surgimiento de nuevos, que nunca faltan.

Al mismo tiempo, H hace cosas que sirven a los demás y le permiten hacer lazo con el Otro social. La línea luminosa de puntos sigue operando como señalización del goce, un fenómeno que él define como necesario y pragmático, una situación que produce la introducción de un límite. Y dentro de ese episodio mínimo hay una cierta ley que no es la del NP, la armadura obsesiva es el envoltorio de una forclusion. Pero, con su pequeño síntoma, lineal, puntuado y luminoso, H sostiene lo imaginario. Y eso le sirve para poder continuar.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarez, J.M., La psicosis es una defensa, en principios de una psicoterapia de la psicosis. Xoroi X Edicions, España, 2020.
- Laurent, E., Lo que las psicosis enseñan, en El sentimiento delirante de la vida. Colección Diva, Bs As, 2011.
- Miller, J.-A, La invención del delirio en El saber delirante, paidós, Bs As, 2015.